

EL FISCAL DE HIERRO

Memorias de Javier Coello Trejo

© 2021, Javier Coello Trejo

Cuidado editorial: Alejandro Rosas

Diseño de portada: Planeta, Arte & Diseño

Fotografía de portada: Cortesía Milenio Diario Edición Nacional, pag. 14. 26 de junio 2019.

Fotógrafo: Javier Ríos.

Fotografía del autor: Cortesía Revista Líderes Mexicanos

Diseño de interiores: DGTO

Derechos reservados

© 2021, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7973-2

Primera edición impresa en México: septiembre de 2021

ISBN: 978-607-07-7935-0

El contenido de este libro es responsabilidad exclusiva del autor y no refleja la opinión de la editorial.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

ÍNDICE

Agradecimientos	13
Introducción	17
Capítulo 1. Mi destino	21
El origen	21
Mi padre	23
Mi madre	27
Maestro o abogado	28
Capítulo 2. Los días de Chiapas	33
A favor de los indígenas	33
La justicia es ciega pero no muda	34
Polvos para enamorar	43
“Solo falta un nombre”	48
Capítulo 3. “Hay que tener güevos”	53
Mesa 29	56
Investigaciones	60
La Brigada Blanca	64
¿Guerra sucia?	68
Corrupción en la frontera	72

Capítulo 4. El fiscal de hierro	79
Justicia sin reo no es justicia	79
Don Óscar Flores Sánchez	89
Los comandantes	103
El compadre Ventura	109
El Tigre, Miguel Nazar Haro	114
El pendejo es esférico	118
Golpe en los güevos o en el bolsillo	121
El caso Méndez Docurro	132
Una taza de café	140
El infiltrado	144
Capítulo 5. De la justicia a la política	151
Cómo conocí a Miguel de la Madrid	151
“Lo voy a consignar”	155
“Entréguele a quien usted quiera”	159
Mi general Castellanos	163
A poner orden	168
Intrigas	177
Los últimos días	182
La renuncia	184
Una maleta negra	188
Coello Trejo y asociados	196
Capítulo 6. La cruzada contra el narcotráfico	203
El primer acercamiento	203
“Una cerveza me caería mejor”	206
“Necesito un hombre de güevos”	209
La cruzada	212
Contra el sindicato más poderoso	216

El cártel de Jalisco	232
“Diez millones de dólares si me deja ir”	235
El tesoro de los dioses.	246
El caso Zorrilla.	256
<i>Business are business</i>	258
Operación Intercepción Aérea	266
La lucha frontal contra el narco	269
Golpe tras golpe.	273
Amado Carrillo	275
Capítulo 7. El presidente pone, el presidente quita	283
El cártel del Golfo	283
Un balde de agua helada	291
La obsesión de Carpizo	297
Bajo advertencia no hay engaño.	305
Mi exilio	310
La última reunión	316
Capítulo 8. Somos tus abogados: PROFECO	323
Imprevistos	324
“Hay que apretar”	328
Siempre leal	334
Epílogo	341
Hace 30 años.	341

CAPÍTULO 1

MI DESTINO

El origen

Mi historia familiar comienza en Chiapas, uno de los estados de la República mexicana donde la injusticia y la desigualdad caminan de la mano desde tiempos inmemoriales y en donde los gobiernos no han sido capaces de combatir la pobreza, el rezago y de sacar de su postración a la gente que parece llevar siglos esperando oportunidades y justicia.

Aunque nací en la Ciudad de México el 22 de octubre de 1948, y de niño solo regresaba a San Cristóbal de las Casas de paseo con mis papás y mis hermanos, fue ahí, en Chiapas, durante mi adolescencia, donde encontré mi vocación, pero sobre todo, fue el lugar donde adquirí conciencia, donde me comprometí para toda la vida con la lucha por la justicia, y donde encontré el amor que me ha acompañado toda mi vida: mi esposa Jovita.

En San Cristóbal de las Casas vivieron mis abuelos y mis padres. Arcadio Coello Lara se llamó mi abuelo paterno. Era dueño de La Maroma, una finca de labor localizada a la salida de San Cristóbal, donde tenía ganado y había ordeña todos los días. Además, era dueño del rancho La Angostura, ubicado en el municipio de La Concordia, Chiapas, donde en 1976 el presidente

Echeverría inauguró una presa en el cauce del río Grijalva y cuyo nombre oficial es Belisario Domínguez, aunque todos la conocen como La Angostura.

Mi abuelo Arcadio Coello Lara era un hombre metódico y organizado, elegante, de gran porte y guapo, resaltaban sus ojos azules. Por eso a nadie sorprendió que dejara varios hijos regados por la zona de Tierra Caliente, de lo que nos enteramos años después. Y es que solía ausentarse de la casa familiar durante seis meses para hacerse cargo de las labores de la finca La Angostura; él siempre fue muy quitado de la pena, parecía esperar con ansias el momento de marcharse y durante ese tiempo le valía madre la vida cotidiana en San Cristóbal.

Las ausencias de mi abuelo propiciaron que mi abuela, María de Jesús Lessieur Domínguez, se hiciera cargo de la labor y de su numerosa familia —tuvieron siete hijos—. Por eso, con el tiempo se convirtió en la matriarca: ella decidía, mandaba, ordenaba, llegó incluso a controlar a mi abuelo, no digamos ya a sus hijos, y todos se le cuadraban. Era una figura de autoridad innegable y nadie la cuestionaba.

Mi abuela demostró de qué estaba hecha cuando mi papá se robó a mi mamá a caballo, como en los viejos tiempos. No era extraño que esto sucediera en San Cristóbal de las Casas a principios de la década de 1940; de todos era sabido que los robos generalmente terminaban en boda, así se llevaban a cabo los enlaces. Pero como mis abuelos eran de la alta sociedad de San Cristóbal, lo que hizo mi papá desató un escándalo.

Mi abuela intervino y con su autoridad terminó con los rumores, prácticamente adoptó a mi mamá, Rosa del Carmen Trejo Quevedo, y se convirtió en su tutora. Ella era hija única, había nacido en Macuxpana, Tabasco. Quedó huérfana dos meses

después de nacida, por lo que unos tíos se la llevaron a vivir a Pichucalco, Chiapas, donde su familia tenía fincas de plátano, cacao y ganado.

En un principio los tíos de mi mamá se opusieron a que se casara con mi papá, pero mi abuela Jesús se impuso, habló directamente con el que sería su consuegro, mi abuelo, el licenciado Arturo Enrique Trejo Sandoval, que por entonces era el apoderado de la compañía petrolera El Águila, y obtuvo su consentimiento. Mis papás se casaron por poder.

Mi mamá se acomodó bien en la casa de sus suegros. Fue una mujer hecha para el hogar, nunca tuvo mayor iniciativa y aceptó su lugar dentro de la familia; era la esposa de mi papá, pero quien mandaba en casa era la abuela, incluso cuando mis papás se fueron a vivir a la Ciudad de México y se llevaron a mis abuelos, ella siguió mandando.

Conocí Chiapas como a los 10 años de edad. Aún recuerdo la casa de mis abuelos, era grande, de una sola planta, con largos corredores y arcadas que daban hacia el patio central. Hoy es un hotel, pero la tengo muy presente, allá pasamos no pocas temporadas, vacaciones, días felices y buenos momentos.

Mi padre

Mi papá se llamaba Roberto Coello Lessieur. Fue periodista por vocación, nunca estudió para serlo y quizá ni siquiera imaginó que su vida correría por ese camino. Solo pudo terminar la secundaria, pero siempre fue un gran lector y eso le desató la vena periodística y la pasión por escribir.

Se inició joven y comenzó colaborando en un periódico de Chiapas, también trabajó en la revista *Siempre!* Viajó, escribió,

entrevistó a gente del mundo de la política y en 1949 se independizó para fundar *La voz de Chiapas y Oaxaca*, que luego rebautizó como *La voz del Sureste*. Llegó a ser uno de los periódicos más exitosos y de mayor circulación en la región, se vendía en Chiapas, Campeche, Tabasco, Oaxaca e incluso en el entonces Distrito Federal.

El periódico lo imprimía en la Ciudad de México, en Camelia 220, en la colonia Guerrero, porque además a mi papá le dio por entrarle al mundo de las historietas. Fue el editor de la famosa serie *Vida y milagros de San Martín de Porres* y eso le permitió hacerse de buenos recursos. Aún recuerdo que lo acompañaba a la Unión de Voceadores, donde nos entregaban maletas de dinero por las exitosas ventas que dejaba la historieta editada por Publicaciones Coello. Otro de los negocios que tuvo fue una fábrica de refrescos embotellados en San Cristóbal.

El periodismo llevó a mi padre hacia la política. Tenía un sentido muy claro de la justicia y a través de su periódico comenzó a denunciar las injusticias que se cometían en Chiapas. Eso le permitió conocer al licenciado Salomón González Blanco, quien fue secretario del Trabajo y Previsión social, senador de la República y gobernador de Chiapas, y a través de su relación con él conoció a don Adolfo López Mateos y a don Gustavo Díaz Ordaz.

Mi papá era cabrón, bastante duro, pero sabía ser amigo. De esa forma se abrió las puertas de la política, y así como hizo muchas amistades, también se ganó enemigos, como Efraín Aranda Osorio, gobernador de Chiapas entre 1952 y 1958, que no soportaba la crítica periodística que hacía mi padre a su gobierno; incluso durante su administración intentaron matarlo.

Mi papá era un hombre enérgico, disciplinado, ordenado y trabajador, podría decir que al más puro estilo prusiano; también

fue profundamente honesto, consigo mismo y con los demás. Una de sus grandes enseñanzas que me apropié y me ha acompañado a lo largo de toda la vida es el valor de la lealtad. Supo serlo en todo momento con su familia, con sus amigos, con sus conocidos, con sus trabajadores.

Tengo un recuerdo que me marcó profundamente, pues me di cuenta de lo que significaba la lealtad para mi padre. Él tenía gran amistad con Carlos Alberto Madrazo, el hombre que intentó reformar al PRI a principios de los años sesenta, una persona íntegra, generosa y buen político.

Mi papá tenía la costumbre de leer el periódico en la cama. Era lo primero que hacía al despertar, lo disfrutaba y recorría con calma las secciones, poniendo mayor interés, desde luego, en la sección nacional. Recuerdo que una mañana cuando entré a darle los buenos días lo encontré llorando. No podía contener sus lágrimas, pues al leer la nota de ocho columnas del periódico se enteró que su amigo Carlos Madrazo había fallecido en un accidente aéreo. Era 4 de junio de 1969.

Nunca olvidé ese momento, nunca había visto llorar a mi papá y fue impresionante.

—¿Qué te pasa, papá?, —recuerdo que le pregunté.

—Murió una promesa de la política mexicana, —me respondió.

Así me enteré de quién era Madrazo y también por qué lo admiraba: era un hombre leal. Y me contó que, en alguna ocasión, Madrazo se había hecho responsable de un asunto de migrantes en el que el culpable había sido Adolfo López Mateos, lo que le hubiera costado no ser presidente de la República; aguantó vara poniendo en riesgo su propia libertad.

Las buenas relaciones de mi papá le abrieron las puertas del Congreso y fue diputado federal los últimos tres años del

sexenio de Gustavo Díaz Ordaz (1967-1970). Pudo haber sido gobernador de Chiapas, el propio presidente Echeverría se lo propuso, pero dos circunstancias lo sacaron de la carrera por la gubernatura.

Era mala copa y a la cuarta ya andaba peleándose con medio mundo, de ahí se agarraron sus enemigos para ponerle piedras en el camino, pero, además, padeció la cara oscura de la política, las intrigas, las grillas y sobre todo la deslealtad.

Mi papá siempre pensó que el doctor Manuel Velasco Suárez era su amigo; eran compadres, habían compartido grandes momentos a lo largo de la vida. Comenzaba 1970 y Luis Echeverría andaba de gira por todo el país como candidato del PRI a la presidencia.

Por esos días yo estudiaba Derecho y al mismo tiempo era ministerio público, además tenía influencia en la Escuela de Derecho en San Cristóbal, por lo que me pidieron que preparara la recepción y bienvenida al candidato. Mi papá estaba presente. El acto, los discursos, las palabras, los saludos, todo fue un éxito. Una vez terminado el evento, ya en el camión donde viajaban el candidato y su comitiva, Echeverría le dijo a mi papá —yo estaba presente—:

—Prepárate, vas a ser el gobernador.

Pude ver la alegría en el rostro de mi padre. Estaba verdaderamente emocionado, pero días después todo se lo llevó la chin-gada. El partido anunció la candidatura de Manuel Velasco para la gubernatura de Chiapas —que ocupó de 1970 a 1976—, y así mi papá quedó fuera de la jugada. Ese hecho, la deslealtad, minó su ánimo. Para él fue duro ver que casi al mismo tiempo en que Echeverría asumió la presidencia de la República, Manuel Velasco protestó como gobernador de Chiapas. Entonces dejó la política y se dedicó a escribir y a beber.

Mi papá era el consentido de mi abuela y su relación siempre fue inmejorable, por eso vino a vivir con nosotros a La Villa, en la Ciudad de México. Aunque han pasado muchos años, no deja de parecerme asombroso que mi papá y mi abuela murieran casi al mismo tiempo. En 1973 ella enfermó y tuvo una agonía que se extendió durante un año. A mi papá lo sorprendió la muerte muy joven, tenía 55 años de edad; una serie de infartos acabaron con su vida el 28 de octubre de 1974. Al día siguiente lo sepultamos, y esa noche del 29 de octubre, falleció mi abuela, como si lo hubiera estado esperando. Así de fuerte era el amor y el cariño que había entre ellos.

Hay cosas que nos marcan en la vida; para mí el mes de octubre es muy importante y también es un mes triste en mi historia. Sentimientos encontrados. Nací el día 22, me recibí el 6 de octubre de abogado y me casé el 28; mi padre murió también el 28, pero dos años después de mi boda, y la abuela murió el 29.

Cada año cuando inicia octubre me da gusto, pero también me lleno de ansiedad, y una vez que termina el mes me digo con alivio: “¡ya chingué!”. Reconozco que son pendejadas, pero muy mías. Por si fuera poco, también fue un día de octubre cuando el presidente Salinas de Gortari me retiró de la subprocuraduría de la lucha contra el narcotráfico y me nombró procurador federal del consumidor. También en octubre se recibió mi hijo como abogado. Es el mes que ha marcado a mi vida.

Mi madre

Rosa del Carmen Trejo Quevedo fue mi madre, una mujer maravillosa, hija del licenciado Arturo Enrique Trejo Sandoval y de Rosa del Carmen Quevedo Sangeado. Nació en Macuxpana,

Tabasco, y tuvo una infancia difícil pues se quedó huérfana siendo muy pequeña. A los seis meses de nacida murió mi abuela, por lo que fue a vivir con sus tíos abuelos, ganaderos de la región de Pichucalco, Chiapas.

Los tíos la enviaron como interna a estudiar a San Cristóbal de las Casas, donde conoció a mi padre siendo apenas adolescente. Se enamoró y se casó con él. Mi madre siempre se dedicó al hogar y, como se acostumbraba en aquellas épocas, procreó 11 hijos, los cuales solamente le sobrevivieron 10: Rosa Elena (finada), Roberto, Jorge, Javier, Flor de María, María del Carmen, María Guadalupe, Beatriz Eugenia, Arturo Enrique y Blanca Margarita.

Se entregó por completo a la crianza de todos sus hijos y, tengo que decirlo, aguantó con estoicismo a mi padre, un hombre honesto y trabajador pero de difícil carácter, chapado a la antigua y tacaño.

La vida de mi madre se desarrolló siempre en la Ciudad de México, era una mujer de poca voluntad debido al matriarcado que ejercía mi abuela en la familia. A pesar de que enviudó siendo aún muy joven, a los 49 años, se dedicó en cuerpo y alma a mis hermanos menores, falleció a los 82 años de edad. Su muerte me provocó una inmensa tristeza y fue cuando entendí que nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde.

Maestro o abogado

Yo fui el cuarto hijo y nací el 22 de octubre de 1948. Mis primeros recuerdos son en la villa de Guadalupe, nuestra casa estaba en el número 801 de la Calzada de los Misterios, a cuadra y media de la basílica.

A pesar de que mi mamá estaba con nosotros, mandaba la abuela Jesús —también mi abuelo vivió ahí—. Ella era muy católica y guadalupana —mi papá también lo era— y eso fue suficiente para que me hicieran monaguillo. Fui niño cantor durante algún tiempo y nunca renegué de eso, me gustaba porque hacíamos mucho desmadre, pero era cagante levantarse a las 6 de la mañana todos los domingos. Ahí conocí a Guillermo Shulemburg, el abad de la basílica, que luego se atrevió a decir que Juan Diego no había existido, pero bien que se benefició de su existencia durante muchos años.

Mis primeros 14 años de vida transcurrieron en el Distrito Federal; mis padres tuvieron que volver a Chiapas hacia 1963, pues el presidente Díaz Ordaz le dijo a mi papá que para ser diputado federal por su estado natal debía tener el tiempo de residencia que establecía la ley, así que toda mi familia volvió a Tuxtla Gutiérrez. Yo me quedé en la Ciudad de México porque estaba estudiando la preparatoria en el Colegio Francés Hidalgo.

De adolescente tuve muchos conflictos con mi papá. Siempre fui abierto, franco y nunca me gustaron las injusticias, así que era bien entrón. Mi problema es que siempre fui muy alto y muy gordo; a los 12 o 13 años de edad ya medía 1.85, entonces no faltaba en la escuela quien quisiera medirse a los madrazos conmigo, con los consiguientes castigos y faltas por indisciplina. Cuando esto ocurría sentía la mano dura de mi papá, discutíamos con frecuencia y así fue durante años. Empezamos a llevarnos bien una vez que me casé, en 1972, pero esa buena relación que comenzamos a construir fue fugaz: se acabó con su muerte dos años después.

Cuando tenía 13 años mi papá me corrió de la casa. Durante tres o cuatro meses viví en una vulcanizadora, con amigos que me abrieron sus hogares y visitaba a mi mamá cuando sabía que

no me encontraría con mi papá; luego regresé, pero todo siguió siendo muy duro.

La tacañería de mi papá también hacía difícil la convivencia. A mí no me compraban ropa, ni útiles, todo lo que mi hermano mayor dejaba de usar yo lo recibía en segunda vuelta. A la distancia, y con la experiencia que nos da la vida, considero que mi padre fue severo porque quería que llegara lejos, que fuera alguien en la vida, que no me conformara. Años después de su muerte, algunos amigos suyos me comentaron que se sentía orgulloso y, como tenía grandes esperanzas puestas en mí, siempre consideró que podía echarme a perder si todo me lo facilitaba. No me cabe duda de que me amó, pero de que me hizo sufrir, me hizo sufrir.

En la juventud cometemos muchas pendejadas y cometí las mías. Tenía un primo bastante mayor que se llamaba Luis Felipe Coello. Con el tiempo me enteré que por el año de 1954 había sido uno de los fundadores en Puebla del Frente Universitario Anticomunista y también del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), los dos eran grupos conservadores de ultraderecha.

Luis Felipe me jaló al MURO y acepté, pero no pasó mucho tiempo antes de darme cuenta de que eran manejados por la iglesia, entonces me rebelé y dejé el grupo. Eran muy bravos y me gané muchos problemas por haberlos abandonado, incluso llegamos a madrearnos, no fue fácil mandarlos a la chingada.

Creo en Dios, pero odio a los curas y cuando me di cuenta que estaban metidos en el MURO decidí largarme. Para mí la doctrina social de la iglesia es una mierda, voy poco a la iglesia porque a lo largo de mi vida vi muchas cosas con los curas y las pendejadas que hacen. Creo en Dios y tengo fe, no creo en el Cielo ni en el

Infierno, en todo caso, podría decir sin temor a equivocarme que el Infierno es este.

Cuando cursaba el segundo año de preparatoria el destino me llevó por caminos que ni siquiera imaginaba. No tenía contemplado estudiar Derecho. Lo que me apasionaba entonces era la medicina, esa era mi ilusión. Puedo decir que destacaba en biología, química, anatomía y odiaba las matemáticas.

Tenía dos buenos amigos, Guillermo Barquet y Fernando Miller; Memo era un güevón, hay que decirlo. Recuerdo que en un examen final de biología Guillermo se sentó a mi lado y, como no había estudiado, me pasó su examen. Terminé el mío, respondí el suyo, pero el maestro se dio cuenta. Rompió mi examen y empezó a insultarme:

—Coello, es usted un mentiroso, —me gritó.

Le ofrecí disculpas, le dije que me hiciera un examen oral, pues podía demostrarle que había estudiado, pero continuó con sus insultos hasta que me mentó la madre. Para ese momento yo ya estaba bien caliente y no me importó que fuera el maestro. Le regresé la mentada y estaba por salir del salón cuando el profesor me aventó el borrador. Fue lo último que hizo, me regresé a romperle su madre y lo mandé sin dientes al hospital.

Supe de inmediato que había cruzado el punto sin retorno, pero nadie me quitó el gusto. Por supuesto ya no había cabida para mí en la preparatoria. Afortunadamente el director era un hombre bueno y justo, lo conocíamos como el maestro Tapia, quien después del altercado me dijo:

—Lo más que puedo hacer por ti, Javier, es ponerte 6 de calificación en Biología. No me queda duda de que sabes de la materia y también puedo darte tu certificado de preparatoria

para que te inscribas en alguna otra escuela porque aquí ya no puedes estar.

El maestro Tapia era a toda madre, años después lo frecuenté y cuando fui procurador federal del consumidor en 1991 tuve la oportunidad de ayudarlo.

No me quiero extender contando la reacción de mi papá al saber de mi expulsión, pero en resumidas cuentas me volvió a correr de la casa. No sabía qué hacer, estaba desesperado y se me ocurrió recurrir al licenciado José Castillo Tielemans, quien acababa de asumir el cargo de gobernador de Chiapas para el periodo 1964-1970. Para mi buena fortuna era mi padrino. Me conocía bien porque a los dos nos gustaba la poesía y yo había sido campeón nacional de declamación en la secundaria representando al colegio Cristóbal Colón que estaba en La Villa.

Pude entrevistarme con él, le conté lo sucedido y lo precaria que era mi situación en esos momentos. Me escuchó con atención y me dijo:

—Mira, Javiercito, yo te ayudo, pero en Chiapas nada más hay dos carreras: o estudias para ser maestro o estudias para ser abogado.

Y así mis sueños de ser médico se esfumaron y me incliné por seguir el camino de las leyes.

Viajé a Chiapas y me establecí en San Cristóbal de las Casas; el licenciado Castillo me había conseguido una chambita en la que ganaba 450 pesos mensuales. Recién llegado viví en la casa de mi tía Amparo, prima de mi papá. Ahí no pagaba renta, pero quise tener mayor libertad y me instalé en la casa de la señora Ramona Gallegos, que me cobraba 325 pesos al mes por mi manutención, el resto de mi sueldo era para mis libros y mis chuchulucos.